

Al fin el extremo de ésta rozó las yerbas que crecían al pié de la torre.

—Partid ahora, dijo Cármen, y que Dios os conceda toda la dicha que yo pude esperar alguna vez.

Rosen la buscó para estampar sobre su frente un ósculo de adios.

Cármen habia huido!.....

Jorge Leslie se cubrió la frente, sobre la cual caían gruesas gotas de sudor, con su pañuelo.

Elena, con el corazón oprimido, y pálida como un cadáver, decia:

—Si no amase á Ellen, amaria á Cármen!

XII

EL PACTO

Jorge estaba también muy pálido.

Bebió un trago de agua, y la marquesa le dijo:

—Descansad un instante, señor Leslie... Todo eso es de un interés prodigioso!

—No tengo ya mucho que contar, señora, contestó Jorge, y deseo concluir desde luego.

Debemos decir aquí que, desde hacia algún rato, las maneras del señor vizconde Enrique de Villiers habían cambiado. Aprobaba con un movimiento de cabeza los pasajes dramáticos, y servía el té discreta-

mente procurando no hacer ruido. En una palabra, jamas caballero alguno aparentó un aire distraido ni mas libre de toda preocupacion, que lo que el señor vizconde Enrique manifestaba en aquellos momentos.

Una vez murmuró al oido de la marquesa señalándole á Elena:

—Pero ved como mi prima toma todo eso á lo serio.

—Ah! amigo mio, respondió la marquesa; tiene razon.... esto es preciosísimo... encantador!

Ni el uno ni la otra, evidentemente, sospechaban el raro gozo que tomaba el pensamiento de Elena.

—Si no amase á Ellen, se habia dicho á sí misma, amaria á Cármen....

Qué le importaba eso! Jamas habia visto al conde de Rosen....

Las vizcondesas todas confesaban, allá en el fondo de su corazon, que su abnegacion, en un caso muy urgente habria llegado hasta á sacrificar el traje de seda, y aun las enaguas, pero la cabellera!....

Y sobre todo una cabellera que caia hasta los talones!

Hubo sin embargo, una baronesa que dijo heróicamente:

—Yo hubiera hecho lo mismo!

Pero esa baronesa usaba una trenza postiza.

—Dios mio! dijo el señor vizconde de Villiers; la hermosa señorita salió del paso peinándose á la Ninon.

—Tenemos á la duquesa de Rivas, que usa el mismo peinado, añadió la marquesa. Y todos estos señores la proclaman hermosísima.... Usa los cabellos cortos.

—Mañana es su gran baile, dijo el viejo O'Brien. Y será espléndido á lo que aseguran.

La marquesa reclamó el silencio, y Jorge Leslie prosiguió:

—Algunos minutos despues el mayor y Towah galopaban por la llanura.

Towah llevaba por la brida el caballo del mayor.

Cármen habia quedado sin duda, en la ventana escuchando el paso de los caballos que iba perdiéndose á lo lejos entre la llanura!

Desde entonces, el conde Alberto no ha

vuelto á oír jamas la dulce voz de Cármen.

Mientras duró la noche corrieron sin deseanso.

Al lucir la aurora, las colinas cubiertas de bosques que marcan el curso del rio Gila se veían á lo lejos.

—Hasta aquí hemos marchado en derecha hácia el Norte, dijo Towah; debemos ahora torcer hácia la izquierda, hácia el Golden-dagger, ó á la derecha para internarnos en los estados del Noroeste.

—Vamos á Baltimore! respondió el conde Alberto.

Towah, sin decir una palabra, cambió de direccion, y aún los viajeros prosiguieron marchando.

En los confines de la llanura, tomaron dos monturas de refresco en una bandada de caballos semisalvajes que estaban pastando allí.

No descansaron un instante, en su rápida carrera, sino hasta que pusieron el rio Gila entre ellos y los que podían perseguirlos.

—Cuidemos ahora de nuestros caballos,

dijo Rosen, porque pasada la sierra de los Mimbres ya no hallaremos otros.

—Venden caballos en Santa Fé! dijo el indio.

El conde se sonrió tristemente y murmuró:

—Tienes dinero para comprarlos?

Towah sacó de su cintura un enorme bolsón lleno de oro y lo hizo sonar.

El conde se detuvo.

—Mientras que Towah esperaba al mayor al pié de la trinchera, la noche última, dijo el Panie, este bolsillo cayó junto él al pié de la torre.

El conde juntó sus manos, y pronunció en el fondo de su corazón el nombre de Cármen.

Ora á pié ora á caballo, los viajeros atravesaron la sierra de los Mimbres, y un ramal de las montañas pedregosas.

Rosen se hizo contar mas de una vez en el camino la triste historia de Ellen.

Towah no tenía ni las ideas ni las costumbres de nuestra civilización; él arregló las cosas á su modo. Rosen tradujo su narración.

Hé aquí lo que debió haber ocurrido en Baltimore:

Cuando el francés á quien Towah daba el nombre de Lengua Dorada y al que yo llamaré Eduardo, llegó á Baltimore, Ellen aguardaba hacia mas de un año.

Las cartas que Rosen le había escrito no habian llegado á su destino. Ellen se hallaba inquieta: No os repetiré que ella era muy hermosa; cualquiera de vosotros que no le hayais conocido no teneis mas que dirigir una mirada al rostro encantador de la señorita Boistrudant: se las podria llamar dos hermanas. El francés Eduardo la vió y la admiró.

Estoy en Francia, recibo hospitalidad en la casa de un gentil hombre francés: esto únicamente seria bastante para obligarme á moderar mis palabras pero no tengo necesidad de ello. Rosen ama y respeta la nobleza de Francia sin olvidar que en el seno de esta misma nobleza existen miembros que son indignos de ella.

Eduardo era gentil hombre; Eduardo habia cometido con perjuicio de Rosen, en la Nevada, un robo cobarde y pérfido.

En Baltimore, Eduardo se hizo culpable de una infamia.

Se introdujo en la familia de Talbot; habló, debo notar aquí esta circunstancia, habló de Paris: pronunció nombres amigos principalmente el de uno mas querido que los demas: habló de la señora marquesa y de la señorita de Boistrudant....

—Cómo! interrumpió la marquesa, este hombre era de nuestros conocidos!

Jorge Leslie no respondió.

El vizconde Enrique de Villiers tomó la palabra con un tono breve y seguro del hecho.

—“Querida prima, dijo, dirigiendo una guiñada á la marquesa, todo lo que M. Leslie os cuenta es la verdad mas exacta.... vos comprenderéis que no he podido dejar de conocer los detalles de esta deplorable historia.... A ménos que M. Leslie no exija formalmente lo contrario, yo os diré el nombre de M. Eduardo.... pero á vos solamente!”

El viejo general O'Brien dirigió á Enrique de Villiers una estupefacta mirada.

Jorge Leslie respondió tranquilo:

—Yo no exijo nada, señor vizconde.... esta historia os pertenece tanto como á mí.... acaso mas que á mí, porque segun creo vos la habeis sabido primero.

El vizconde Enrique saludó con la mano y dirigió á Leslie una graciosa sonrisa.

Leslie le volvió su saludo y su sonrisa, pero la sonrisa de Leslie era fria y ligeramente burlona.

—Mistress Balbot y su hija, prosigió, vivian muy retirados desde la muerte tan desgraciada del gefe de la casa. Ese Eduardo cuyo nombre sabe tambien el señor vizconde como yo (Enrique movió la cabeza afirmativamente y el viejo O'Brien se agitó en su asiento), este Eduardo fué admitido en la casa de la señora Talbot.

“El conoció bien pronto su situacion.

“La primera vez que se habló en su presencia, del conde, afectó repentinamente una profunda pena; y como se le interrogó, forjó una fábula, diciendo que el conde habia muerto sucumbiendo á los golpes de los mexicanos, y que él habia visto su cadáver....

—Pero ese hombre es un monstruo! exclamó la marquesa indignada.

—Un monstruo! repitió Elena.

—A quién se lo decis!.... murmuró el vizconde Enrique. Aun todavía M. Jorge Leslie cuenta todo esto con estremada moderacion.

—No exagera; no es verdad? dijo el yiejo general que lo miraba de frente.

—Al contrario.... al contrario, dijo por dos veces Enrique de Villiers.

Despues acercándose á la marquesa y á Elena:

—Yo he estado á punto veinte veces de contaros esto, dijo él, pero yo habia sabido indirectamente la estrecha union de Elena con la pobre miss Talbot.... Y temí affigirla.

La marquesa lo atrajo hácia ella; la curiosidad la tenia sofocada.

—Su nombre, exclamó por lo bajo, su verdadero nombre?

—Mañana, replicó el vizconde separándose de ella, vendré temprano.

—Abreviaré los detalles, señoras, prosiguió Jorge Leslie, al ménos por lo que respecta á miss Talbot. Conozco que habeis adivinado Eduardo era muy hermos, muy

hábil y muy amoroso. El ofreció su mano á la vírgen vinda. Ella aceptó. El abusó de su posición de esposo! Elena fué culpable.

Hé ahí todo lo que el conde Alberto supo ántes de llegar á Baltimore.

El dijo á Towah cuando concluyó la narracion del indio:

—Yo daria la mitad de mi sangre por vengarla. . . . pero soy ciego!

—Yendo y viniendo, respondió el Panie, Towah ha recogido plantas que devolverán la vista á su amo. . . . Y en espera de ello Towah puede matar.

—El conde Alberto no es de aquellos que se vengan por la mano de otro.

Despues de seis dias de camino los viajeros llegaron á las fuentes del Arkansas; el nuevo pailebot remontaba hasta Riew. Rosen y Towa se embarcaron, y en la misma noche Rosen se puso en las manos de su médico Towah.

El no preguntó cuál era la composición del remedio preparado por el indio.

Towah habia pasado la mayor parte del día haciendo hervir algunos simples.

Antes de presentar el brevaje á su amo, hizo algunos signos sobre el vaso pronunciando palabras mágicas.

Miéntas que Rosen bebia, Towah cantaba y bailaba.

“Papá Towah curaba á los ciegos, dijo; yo hago lo que mi padre hacia. . . . Por qué cura este brevaje, es lo que Towah ignora.”

Rosen se acostó en la cama.

Towah le impuso las manos, y Rosen fué acometido de un irresistible sueño.

Cuando despertó, el indio le dijo:

—Habeis dormido doce horas. No toqueis la venda que cubre vuestros ojos; dentro de cincuenta dias veréis la luz. . . .

La travesía para descender el Arkansas, remontar el Mississipi y el Ohio, duró mas de un mes. Todas las noches Towah curaba al conde, y le ponía en la cara anchas hojas untadas de unguentos.

Hecha la curacion, Towah operaba la imposicion de las manos, y el conde se dormía. . . .
